

Rodrigo Pérez Barredo

JULIÁN CALERO:  
**FÚTBOL  
AL RESCATE**

Rodrigo Pérez Barredo

JULIÁN CALERO:  
**FÚTBOL  
AL RESCATE**



## Prefacio

# Un chándal de España

**Y**A hacía calor en Madrid aunque aún quedaran unos días para la llegada oficial del verano. En la Unidad Centro Norte de la Policía Municipal la actividad era la cotidiana: agentes entrando y saliendo, sonido de teléfonos, tecleo de ordenadores. En la mesa del agente Julián Calero sonaba la radio. Casi todas las conversaciones, a tres días para el debut de la selección española, giraban en torno al Mundial de Rusia. Más aún allí: no siempre se tiene la suerte de contar con un compañero que conoce como nadie los entresijos y misterios del fútbol; un tipo que había ocupado banquillos en Valdebebas, en Oviedo o en Oporto, donde escuchó varias veces el himno de la Champions. La élite. Casi nada. Hacía meses que Calero sentía las emociones previas a un Mundial, cita que siempre, desde la infancia, despertaba más que un cosquilleo en su interior. En esta ocasión, con un motivo más poderoso: iba a dirigir al combinado nacional —el sueño de cualquier entrenador de fútbol— un amigo y compañero en tantas batallas; el hombre con quien había formado un exitoso equipo de trabajo en Do Dragão junto a su también amigo y valedor Juan Carlos Martínez. Entonces estalló la bomba. De la radio que estaba sobre su mesa emergió una voz dando la noticia, que era un terremoto deportivo de consecuencias imprevisibles:

Lopetegui había sido cesado. Todos se quedaron mudos, perplejos. ¿Y ahora qué va a pasar?, se preguntaron. Estaban en pleno debate cuando sonó el teléfono de Calero. Era Fernando Hierro, con quien había compartido banquillo en el Real Oviedo. El legendario defensa malagueño era entonces director deportivo de la Federación. Al ver su nombre en la pantalla del teléfono, blandiéndolo al aire como una espada, Calero bromeó con sus compañeros:

—¡Me voy a Rusia, chavales!

Todos rieron. La conversación entre los dos entrenadores y buenos amigos fue breve. Y surrealista.

—Julián, ¿tienes un chándal de España? —le espetó Hierro tras el saludo de rigor.

Al otro lado del teléfono, Calero no entendía nada. Pero Hierro insistió una vez más.

—¿Tienes un chándal de España?

—No, Fernando —respondió sin salir de su estupefacción.

—Pues vente a Rusia, que yo te doy uno. Después de lo que ha sucedido, y por responsabilidad con mi país, voy a coger al equipo. Y me gustaría que estuvieras a mi lado. Habla con quien tengas que hablar, que yo haré lo mismo.

Quienes asistieron a la conversación sintieron, al ver el rostro de su compañero, que había sucedido algo importante. Algo grande. Las horas que siguieron fueron frenéticas. Aquel inesperado giro del destino ponía a Julián Calero ante uno de los desafíos más importantes de su vida. Pero él estaba preparado: llevaba toda la vida enfrentándose a retos mayúsculos, a momentos trascendentales, de esos que marcan para siempre una existencia. Sintió —y no ha dejado de hacerlo— que las cosas no suceden por casualidad. Cuántas veces, en aquellos días previos a su llegada a la ciudad rusa de Sochi, recordó Calero su

dura infancia en una Parla de extrarradio, descampados y heroína; en un hogar dominado por el alcohol y la violencia, pero también por la unión de los tres hermanos, que siempre se habían apoyado para salir adelante; cuántas veces pensó en la tabla de salvación y vía de escape que había supuesto el fútbol en su vida; cómo no evocar, con estremecimiento, a esa madre recientemente desaparecida que había sido su ángel protector; cómo no pensar en ese parásito alojado en su cabeza que podía haberlo ejecutado de no haber sido descubierto a tiempo. Es imposible olvidar, porque las pesadillas le acompañaron durante mucho tiempo, aquella lejana mañana de marzo de 2004, cuando aparcó su moto frente a la estación de Atocha, de donde salían columnas de humo negro, gritos, llantos y el hedor indescriptible de la muerte. Nunca tuvo dudas Calero: fue a Rusia. Con la misma determinación con la que le dijo a su compañero, en el más dantesco escenario del horror y la barbarie, entre amasijos de hierro, cuerpos mutilados, sangre y devastación: “Vamos para dentro”.

## Once contra 11

**A**PENAS había logrado conciliar el sueño en dos días: cada vez que cerraba los ojos se le representaba el horror de lo vivido. La peor pesadilla imaginable. Sabía que la vida tenía que continuar, y que debía acostumbrarse a convivir para siempre con aquel tormento, con la memoria poblada de fantasmas. El fútbol, como siempre, era bálsamo y refugio. Tenía partido aquel sábado de marzo. Su equipo, el Juvenil B del Parla, jugaba en Getafe, en el campo del Bercial. Los chicos ya sabían que su entrenador había estado en el epicentro de la catástrofe que había dejado en shock a todo un país. Aunque su corazón y su mente aún seguían en la estación de Atocha, Julián Calero dirigió a sus pupilos con la intensidad de siempre, puro nervio en la banda. Tras una buena jugada, su equipo marcó. Y antes de que se diera cuenta, cuando todavía estaba festejando el gol, Calero se vio rodeado de sus once chavales, que habían corrido a abrazarlo como si con ese gesto pudieran protegerlo del espanto y del dolor. Once contra 11. Y el místico rompió a llorar, regresando inevitablemente a ese día, aquel que había empezado siendo uno más, un día que amaneció plomizo, demasiado marzo en el calendario aunque sólo fuera el undécimo de ese mes desabrido que a veces trae la primavera de forma anticipada a Madrid.

Como en tantas jornadas, a lomos de una moto, Calero y su compañero Julio se detuvieron a tomar café cerca de la Puerta de Alcalá. Era un día más, o un día menos. Aún no sabían que pronto sería el día más inolvidable de sus vidas. La calle de Alcalá era el infierno cotidiano, ese trajín incesante de vehículos, ese concierto de cláxones, esa velocidad y ese vértigo tan de siempre, tan de Madrid. Aparcaron las motos y cuando estaban a punto de franquear la puerta del local Julián escuchó en su radio el primer mensaje, que reclamaba la presencia policial en Atocha. En un principio no le prestó demasiada atención, ya que aquel no era su sector y era habitual escuchar avisos de la emisora para cualquier distrito de la ciudad. Pero vio a otros compañeros dirigirse a toda velocidad a sus vehículos. La radio repetía el aviso, que pronto escucharon con más claridad: “Explosión en Atocha. A todas las unidades. Explosión en Atocha”. No, no era su zona, pero estaban muy cerca de allí y algo en el interior de Calero –intuición, premonición, instinto– hizo que el agente se detuviera en seco y le dijera a su compañero: “En marcha”. Volaron sobre las motos, de camino a la estación, a la vez que iban viendo cómo una densa columna de humo ascendía vertical, ominosa y cargada de los peores augurios, al cielo nublado de Madrid. La palabra atentado taladraba la mente de Julián Calero, resonaba intensa y feroz, incendiando sus sienas. Apenas tardaron un minuto en llegar a su destino. Nunca, pensaría muchas veces después, se está preparado para una experiencia así. Nunca. Habían llegado los primeros. Sabían que su cometido era asegurar el perímetro para garantizar los accesos de sanitarios, bomberos y fuerzas de seguridad. Todo era una incógnita puertas adentro de la estación, de donde salía, como de unas fauces infernales, humo y más humo. También estaba allí su jefe, Paco.

—¿Calero, vamos dentro?  
No hubo dudas. Ninguna duda.  
—Vamos.

\*\*\*\*\*

Humo y silencio. Era un silencio espeso como la melaza lo primero que sintieron; un silencio sordo, ahogado, cargado de una angustia invisible. La negrura de las columnas de humo lo presagiaba todo. El agente Julián Calero sentía disparadas las pulsaciones. Intuitivo, sanguíneo, cruzó un par de palabras con su compañero Paco antes de adentrarse en la estación. De camino a los andenes empezó a cruzarse con figuras silentes, que se movían con lentitud de siglos, torpes y desorientadas, como sombras perdidas en un laberinto infinito. Los rostros ennegrecidos, revueltos, ensangrentados, y como de punta los cabellos; destrozadas las ropas, convertidas en harapos; tenían la mirada extraviada y sólo mostraban mutismo ante las preguntas urgentes del policía, que siguió avanzando hacia la terminal con todos los sentidos activados y el corazón encogido. Pensó en zombis al ver a todas aquellas criaturas que se movían por los corredores con aturdimiento, como si acabaran de aterrizar procedentes de un planeta extraño. En la cabeza del agente Julián Calero ya latía la idea de un acto terrorista, y tenía muy presente la enseñanza de un coronel de la Guardia Civil que, durante un curso de formación en esta materia en sus tiempos en la Academia, advirtió de que en un escenario así, en un atentado con explosivos, puede haber una segunda bomba: la que mata a los policías. Sentía, también, que adentrarse allí había sido un acto impulsivo, irracional. Pero nunca tuvo miedo. Cada vez más cerca del origen de lo que a todas luces parecía un estallido

homicida, otra percepción vino a golpear sus sentidos. Lo apreció primero con extrañeza, sin identificarlo, y al cabo con horror. Ese hedor... Fue un violento gancho de boxeo en la misma boca del alma. Tan denso que casi se podía masticar. Era el olor a carne humana quemada.

\*\*\*

Las escaleras mecánicas ubicadas al pie de los andenes seguían funcionando. Es lo primero de lo que se apercibió Julián Calero en el escenario más dantesco que nunca habría podido imaginar. Por esas mismas escaleras ascendían los gemidos, los lamentos, los llantos y los gritos desgarradores que pronto taladraron sus oídos. Lo que al cabo vieron sus ojos era espeluznante. Sencillamente indescriptible: decenas de cuerpos, muchos de ellos mutilados, se esparcían por todo el andén. Había bultos inmóviles, sangre y humo. Los vagones abiertos en torno al cráter que había abierto la bomba parecían los restos de un animal metálico desventrado. Entonces la vio, como si su mirada hubiese sido entrenada para ese momento. Debajo de un banco ubicado para la espera de los pasajeros había una mochila. Julián y Paco, en el corazón de las tinieblas, se cruzaron las miradas. La segunda bomba, dijeron sus pupilas. Con rapidez dieron el aviso, reclamando con urgencia la presencia de los Tedax, sin tocarla pero sin perderla de vista. El entorno era el horror. Una escabechina. Un amasijo de cuerpos desmadejados y acero. Los había por decenas. Era una película de terror, pensó mientras empezaban a llegar los primeros sanitarios, los bomberos, más policías. Perdió la noción del tiempo y todo su afán se centró en ayudar a los médicos y enfermeros en su atención a los heridos y en despejar de la escena todo aquello que podía entorpecer

esa labor: nunca le abandonaría el trauma de retirar restos de cuerpos cercenados, desmembrados por la explosión asesina, mientras a su lado agonizaban quienes habían sobrevivido al atentado. Fueron minutos que duraron una eternidad. Se vio con un desfibrilador en las manos, siguiendo las instrucciones precisas de un médico del Samur tratando de reanimar a quienes yacían aún con un hálito de vida. Presenció escenas que hubiese querido poder desterrar de su memoria para siempre, como la del hombre al que vio en el interior de un vagón. Desde fuera, parecía que permanecía sentado, como inmune a la tragedia, proyectando una quietud imposible dadas las circunstancias. Al entrar, comprobó que era sólo torso y busto: había sido segado por la mitad. De otro de los vagones ayudó a salir a una mujer embarazada que presentaba heridas muy graves. Con dolor supo después que no las había podido superar. En medio de esa caótica vorágine, un grito se impuso por encima de los aullidos de dolor de los heridos. Un grito estridente, casi violento. Era un tedax, que alertaba de la presencia de otra bomba y exigía que todos se retiraran de allí con rapidez. Cuando Calero miró hacia el hombre que se desgañitaba dando el aviso, vio con escalofrío que se encontraba junto a la sospechosa mochila que él y Paco habían visto al entrar.

Hubo estampida vías adelante. En aquella carrera frenética, despavorida y angustiosa pisaron cuerpos que yacían yertos, inmóviles. Fue otra eternidad, demasiado tiempo el perdido hasta que pudieron regresar para poder seguir intentando salvar vidas, ya desactivado aquel otro explosivo. Pese a tanto horror concatenado mantuvo en todo momento la mente fría, asumiendo que cualquier cosa podría suceder. Como si estuviera en mitad de la batalla en una cruenta guerra. En un tiempo sin tiempo que nunca se acaba...

\*\*\*

En lo que no pensó durante aquellas horas trágicas fue en cuanto estaba sucediendo fuera, al otro lado de ese teatro del horror y de la muerte en el que se hallaba, en el resto de la ciudad, del país, del mundo. No pensó en nada más que en salvar vidas. No pensó en Gema, su mujer, a quien aquella mañana había dejado en su casa de Parla antes de tomar el tren que cada día le llevaba a la capital. Un convoy que siempre hacía parada en Atocha. El suyo, aquel 11 de marzo, lo hizo una hora antes de la barbarie. Desde que supo del atentado, intentó localizarlo. En vano. Sí pudo confirmar, tras una angustiada media hora, que su marido se había presentado como siempre en la Unidad, ubicada en la calle Londres, 17. Eso la tranquilizó. A medias, claro. También Antonio, un amigo íntimo del matrimonio, había estado intentando dar con él porque sabía que un sobrino suyo viajaba en el malhadado tren, y todo eran temores en torno a su destino, y Julián por sus amigos lo que haga falta. Cuando ya poco más podían hacer en Atocha salieron al exterior y se desplazaron a otro de los puntos de la barbarie, la calle Téllez, donde en una cercana piscina cubierta se había improvisado un hospital de campaña. Allí volvió a multiplicarse, haciendo incluso de camillero. En un tiempo sin tiempo llegó la tarde, en la que pudo localizar al sobrino de su amigo. Estaba en uno de los hospitales de la ciudad. Vivo y entero: el compañero con el que viajaba en el tren le había hecho de parapeto de la onda expansiva, perdiendo la vida para salvar la suya. Justo cuando salía, se cruzó con la madre del chico, que llegaba con la desolación en el rostro, destrozada por la incertidumbre. Cuando Julián le comunicó que su hijo se encontraba entre los super-

vivientes, ambos se fundieron en un abrazo tan intenso, fuerte y emotivo que podrían haberse quedado a vivir en él para siempre.

No fue consciente en ningún momento de que su uniforme delataba la trágica jornada: estaba manchado de sangre, tizado de negro, rasgado por varias costuras. Eran las huellas visibles del horror. Se dio cuenta de ello en la Unidad porque el resto de compañeros exhibían el mismo aspecto. Fue aquel otro momento imborrable, grabado para siempre en el corazón de todos los policías, que no necesitaron decirse nada porque con los abrazos y las lágrimas sobaban las palabras, todas las palabras. Aunque abatidos y exhaustos, sintieron un íntimo orgullo por la labor realizada, por el compañerismo y la solidaridad que todos habían mostrado en el peor día de sus vidas como agentes. Sólo se derrumbó cuando llegó a casa, deshecho en lágrimas entre los brazos de Gema, apretando muy fuerte a los niños. La jornada había sido tan larga que no se terminó nunca. Tanto, que aún no ha concluido. No hubo noche ni sueño –sólo una pesadilla en la que un cadáver se levantaba, como en aquel poema de César Vallejo, y echaba a andar– cuando ya era 12 de marzo y Calero formaba parte de un dispositivo que debía estar presente en una concentración silenciosa y multitudinaria en el centro de Madrid en homenaje a las víctimas. Él se hallaba entre Alcalá y Goya, por donde el tráfico fluía como de costumbre, endiablado, desafiante, como un monstruo febril. Con todo su ser a flor de piel, sin que ningún mando se lo hubiera ordenado, y movido por un sentimiento para el que aún no se han inventado las palabras, el agente Julián Calero se situó en mitad de la calzada, extendiendo los brazos para que los coches se detuvieran. Hizo un gesto elocuente, señalando a la muchedumbre que se arracimaba en silencio, honrando la

memoria de todos los muertos y heridos en la fecha más negra de la historia reciente del país. Muchos conductores descendieron de sus vehículos, sumándose al duelo. Fue entonces cuando percibió que su impulsiva actitud había provocado un espontáneo y masivo aplauso. El agente de la Policía Municipal de Madrid, que permaneció quieto, impertérrito, en mitad de la avenida, no quiso quitarse el casco.

Y nadie le vio llorar.

\*\*\*

Muchos años después, en el cementerio de Parla, el padre de Julián Calero habría de coincidir al pie de la tumba de su mujer con los familiares de otra persona que también se hallaba allí enterrada. Era un matrimonio que había perdido a su hijo en los salvajes atentados yihadistas de aquel infausto 11 de marzo. Charlaron brevemente, y el hombre les contó el papel que su hijo Julián había desempeñado en aquella negra jornada. La pareja, conmovida, le rogó que hiciera el favor de llamarle por teléfono en ese momento, allí, al pie de la sepultura de su hijo. Sentían –dijeron– la necesidad de agradecerle cuanto él y sus compañeros habían hecho aquel día maldito. Julián Calero volvió a llorar durante la conversación, y tras despedirse, con estremecimiento volvió a pensar que nunca nada sucede por casualidad. Que si él una vez, en aquel lejano mes de marzo de 2004, había velado con todo su ser por quienes padecieron una de las más grandes infamias, su madre, que había sido además su gran ángel protector, lo estaba emulando para la eternidad.

...

